

INTRODUCCIÓN

“Os proponemos ahora un viaje al otro lado del globo para conocer a gentes muy distintas... no para engañarles, no para robarles... sino para ayudarles en la medida de nuestras posibilidades a vivir tan bien como vivimos nosotros.”

Benjamin Franklin

“Cuidate de la caridad...la caridad es la sonrisa de la esclavitud...”

John Calvin Batchelor, El nacimiento de la república popular de la Antártida

1. FILANTROPÍA

En su origen conceptual es posible que no encontremos diferencias significativas entre filantropía y beneficencia (caridad), pero en la actualidad, por su utilización y por el significado que se le otorga, sí las podemos observar con cierta claridad: una, beneficencia, se queda, en nuestra percepción de hoy, como un residuo del pasado, y la otra, filantropía, acumula, quizás por la influencia de la tradición norteamericana, una inesperada proyección de futuro.

La evolución que ambas palabras, más allá de las diferencias de matiz que queramos buscar y encontrar, siguen en el desarrollo de las sociedades occidentales avanzadas del último siglo expresa y desvela cambios sociales y culturales de cierta relevancia. Cambia significativamente el peso especí-

fico que ambos conceptos tienen para una sociedad que evoluciona en una dirección en la que las relaciones sociales se fundan en nuevos equilibrios y en nuevas reglas. Por eso, el cambio que percibimos en el valor social que se le concede a determinadas palabras no es una cuestión baladí.

Y es que las palabras van perfilando o modificando su sentido y su significado, con el paso del tiempo, con los cambios sociales y culturales que se suceden con más o menos suavidad. De algún modo, para entendernos, podríamos decir que la filantropía vendría a ser el equivalente de la caridad en nuestro tiempo, pero lo cierto es que hay notables diferencias para que ello realmente sea así.

Habrán quienes piensen que nada hay nuevo bajo el sol, y que las cosas cambian de nombre pero que, en lo esencial, todo sigue igual. Y entonces poco importaría llamarle filantropía o beneficencia a toda aquella iniciativa encaminada a ayudar, sin propósito lucrativo ni de poder, a quienes lo piden o lo necesitan, cuando lo que realmente importa es saber quién manda en cada momento y qué es lo que piensa. No tendría mucho sentido, así, entrar en disquisiciones terminológicas cuando beneficencia o filantropía no serían más que dos formas sociales de escenificar y representar las relaciones de poder en momentos distintos y en diferentes culturas. El problema es que, expresado así, parecería un planteamiento tan sencillo como definitivo, y podríamos creer que, de esta forma, decimos mucho, cuando, en la compleja realidad, atravesada de mecanismos y movimientos de naturaleza tan diversa como contradictoria, no quedaría nada claro.

Porque ¿qué es y dónde se encuentra lo sustancial? El poder, si es que es esto lo sustancial, se concentra, se amplía o se diluye, según el ángulo de nuestra visión, en el complejo mundo que nos ha tocado vivir. Lo vemos en la política, en la economía, en la cultura, en ámbitos donde, en determinados momentos, parece que sólo unos pocos están en disposición de decidir, en disposición de poner o no poner en marcha determinadas medidas, o, si no, nos da por creer que todo queda al albur, misterioso, de una suerte de mano invisible que actúa ciegamente pero, según algunos, siempre con acierto. Seguramente, ni una cosa ni la otra es totalmente cierta, porque con el paso del tiempo todo se complica y se extiende a más factores, a más escenarios que se mezclan y se contaminan.

El mundo de los últimos años está conociendo transformaciones profundas, algo que no paramos de decir por activa y por pasiva, y que nos lleva a revisar muchas de las cosas que antes nos parecían incuestionables, como el significado y el valor de algunas palabras. Esos cambios, que nos abruma y desconcierta, nos dejan, en ocasiones, poco menos que a la intemperie, y, con las inercias y los resortes mentales del pasado inmediato todavía en nuestra cabeza, nos aprestamos a dar respuestas a los grandes interrogantes de nuestro tiempo, con un equipaje que, en muchos casos, es prácticamente inservible. Lo que piensa, lo que dice, o lo que hace el hombre de nuestros días (el ciudadano medio de las sociedades avanzadas) es muy diferente a lo que pensaba, decía y hacía el del pasado, no ya de hace un siglo sino de hace 20 o 30 años. Su forma de vida y su percepción del mundo ha cambiado; ha cambiado, tal vez, más de lo que seamos capaces de concebir.

Todo esto para decir que en este mundo conectado y fragmentado, al mismo tiempo, este mundo globalizado, en el que hay más riqueza y más pobreza que nunca en la historia, donde lo global y lo local se enfrentan, conviven y chocan, la filantropía, como actitud humana de vocación universal, puede convertirse en un valor emergente, en una actitud no sólo altruista, valorada socialmente, sino en una manifestación necesaria, imprescindible, incluso, para contener los conflictos de carácter global que ya empiezan a manifestarse.

Imaginemos a un paseante en cualquiera de las grandes urbes del llamado primer mundo. Alguien se le acerca pidiéndole dinero o comida, y él le da unas monedas y sigue caminando. Lo más probable es que ya no se vuelvan a ver las caras, o tal vez sí, pero con casi total seguridad ninguno reconocerá al otro. El paseante habrá actuado por un impulso, por la inercia, o se lo habrá pensado dos veces antes de dar las monedas, quién sabe, el caso es que apenas ha significado nada para él, sólo un gesto. Puede que se pregunte por el destino inmediato de aquel rostro que ya empieza a olvidar, ¿que hará con el dinero? ¿le habrá engañado?, alguna duda le rondará por la cabeza, pero poco importa. Y pensará, seguro, si no ahora a la vuelta de la siguiente esquina, cuando alguien más se le acerque y le pida algo, que de esto tiene que ocuparse el Estado y no él, la administración pública, ya sea el ayuntamiento, la comunidad autónoma, el gobierno central, o la Unión Europea, pero no él.

El individualismo, con sus pros y sus contras, es una tendencia visible en gran parte de las sociedades avanzadas, y, en ocasiones, como vemos, se disculpa o justifica tras el muro del Estado. Pero por muy individualista que sea la sociedad contemporánea, lo cierto es que el impulso caritativo no desaparece, sigue existiendo, y se traduce, normalmente, en actos anónimos, pese a que, muy frecuentemente, acabemos pensando en los organismos públicos como un resorte (muy activo en nuestros días) que, al mismo tiempo, nos exime de responsabilidad y nos tranquiliza. La caridad sigue siendo una práctica habitual, aunque no la reconozcamos como tal, en las modernas sociedades, es un acto que prácticamente se cierra en sí mismo, un gesto necesario que nos humaniza, al que da y al que recibe algo, aunque sea fugazmente, casi anónimamente, aunque sepamos que no resuelve nada.

Hoy pensamos, sin embargo, más en la justicia social, que sobre todo queda en manos de los Estados o de las grandes organizaciones supranacionales, que en la caridad (como si caridad y justicia social fueran conceptos opuestos, que se anulan mutuamente, cuando, en la realidad, son conceptos complementarios, que, al contrario, se necesitan), más en atacar las causas de la pobreza, en prevenir más que en curar, en organizar y planificar la ayuda. En este nuevo escenario de intenciones y de propósitos, que pretende modificar la inercia que venía siguiendo la pobreza a partir de un nuevo sentido de la justicia en la distribución de la riqueza, la acción filantrópica adquiere una importancia capital en el ámbito tanto de la responsabilidad de la sociedad civil como de la responsabilidad individual. Es un escenario en el que emerge cada vez con más fuerza e intensidad un espacio intermedio, que se agranda más y más con el paso del tiempo, donde sólo vale la responsabilidad individual y colectiva de los ciudadanos, su actitud moral, su compromiso con las necesidades de otras gentes, ahí es donde se ha de abrir paso la filantropía.

Si se quiere así, para no entrar en interminables disquisiciones terminológicas, esta sería la idea moderna de la labor caritativa que aspira a atender más al bienestar total del individuo que al simple alivio de la miseria. En este sentido, sí parece que filantropía es el término más apropiado para expresar las modalidades de donación institucionalizadas que son típicas de las sociedades avanzadas de Occidente.

Desde hace ya tiempo, la palabra filantropía empieza a utilizarse para marcar las distancias con la palabra caridad, cargada, en nuestros días, de connotaciones peyorativas, en la mayor parte de los casos injustas. Hablamos de filantropía y, naturalmente, nos referimos a instituciones promovidas por determinadas personas o grupos de personas que han decidido dedicar parte de su patrimonio, y parte de su tiempo, a tratar de prevenir, paliar o resolver los problemas sociales. Visto así, caridad y filantropía no serían, pues, conceptos incompatibles, habría sólo una diferencia de grado. La creación de instituciones caritativas es el primer paso, pero no el único, para que empecemos a dar a la palabra filantropía todo su desarrollo potencial, todo su despliegue conceptual: el amor hacia el género humano.

La filantropía presenta, como decía antes, un perfil distinto y característico según las épocas y las culturas en que la situemos. Pero, como ahora veremos, su vocación universalista quedaba muy debilitada, al menos hasta hace algunos años, por las enormes distancias físicas, políticas y culturales que separaban a sociedades, grupos humanos, y Estados del planeta. El desarrollo de la filantropía no sobrepasaba, salvo raras excepciones, las fronteras de la nación. Y durante gran parte del siglo XX la creciente, aunque siempre limitada, acción social de los Estados en determinados países de la Europa occidental venía a poner en entredicho el valor y la legitimidad de las instituciones caritativas o filantrópicas.

En contraste con todo ello, la expansión de la filantropía y sus nuevas formas de organización fueron alcanzando en el continente americano, particularmente en EE.UU., a lo largo de todo el siglo XX, un nivel de desarrollo mayor que en ninguna otra parte del mundo. Este desarrollo, no extraño al carácter de la joven nación norteamericana, formaba parte de su tradición cultural de ayuda mutua, de nación que se forjó en la frontera, con su filosofía individualista y su suspicacia hacia el control estatal.

Hasta hace bien poco, estos eran los enfoques desde los que se observaban los problemas y las necesidades sociales. Eran dos formas bien distintas de enfrentarse a los problemas que generaba el desarrollo de la sociedad industrial. La cuestión social como un asunto del Estado o la cuestión social como un asunto de la sociedad: ambas versiones o concepciones esquemáticas se vieron desmentidas y replanteadas por la reali-

dad de la evolución de los problemas sociales. En unos casos, se comprobó que la acción de la iniciativa privada era insuficiente, y en otros, que solo el Estado no podía atender todas las necesidades.

En el mundo actual, estas dos tendencias que reflejan un modo de ser y de concebir la sociedad, descritas de una forma muy sucinta, están viéndose removidas por los cambios sociales, económicos y políticos que se están produciendo a nivel mundial. El Estado/nación no sólo reconoce sus limitaciones para atender las demandas sociales dentro de su territorio, también advierte la necesidad de compartir responsabilidades con otros Estados en cuestiones que le afectan y le superan.

2. FILANTROPÍA Y GLOBALIZACIÓN

Desde la otra perspectiva, es decir, desde la sociedad, la acción filantrópica, la que nos ocupa en este trabajo, ya sea la de los países europeos o la de los EE.UU., también se encuentra, en su mayor parte, limitada por las exigencias y las necesidades que observa en la realidad social en la que surge y a la que pertenece. Ahora, sin embargo, los procesos de globalización le proporcionan una nueva posibilidad, lo que representaría un salto cualitativo de gran trascendencia para el crecimiento de las instituciones que la conforman, y es que, en las circunstancias actuales, su espacio de acción se amplía, en potencia, de forma acelerada a todos los rincones del planeta. Pero ese salto no se está dando, o se está dando de forma muy tímida, a pesar de la claridad con la que se empieza a observar ese nuevo reto, ese reto definitivo podríamos decir, para la filantropía (la filantropía institucionalizada, naturalmente) que representa la globalización y los problemas sociales y culturales que genera.

Algo sustancial ha cambiado en el carácter y en la naturaleza de la cuestión social de nuestros días, y lo que ha cambiado tiene que ver con el desarrollo de la sociedad de la información y de los procesos de globalización, fenómenos ambos íntimamente ligados. ¿Qué entendemos por globalización? ¿hasta dónde llega en la actualidad? Son éstas dos preguntas claves de nuestro tiempo: en la palabra globalización localizamos las certezas y los interrogantes de un escenario nuevo. Hace algunos años esta palabra estaba fuera del vocabulario de la gente común, y en nuestros días

nos la encontramos en todos los lados, en los congresos, en la prensa, y en la calle. Como dice Giddens, la difusión mundial del término es, en sí mismo, una poderosa señal, la prueba del propio cambio que representa.

¿Cuáles son, pues, los cambios o las tendencias que definen lo que entendemos hoy por globalización? En primer lugar, y quizás se trate de lo más importante, es la revolución mundial de las comunicaciones. En segundo lugar, el desarrollo de la nueva economía, una economía, como nos recuerda Manuel Castells³, que tiene capacidad tecnológica, institucional y organizativa de funcionar como una unidad en tiempo real a nivel planetario, de forma interactiva; podríamos decir que la economía global abarca por primera vez a todo el planeta en tiempo real, pero no incluye a todo el mundo, de tal manera que una gran parte de personas y de territorios no están articulados, quedan fuera de esa economía, los que no tienen un valor comercial para la red, los que no tienen acceso. Y en tercer lugar, la globalización es, en cierto modo, el resultado de la caída del socialismo en 1989/91, el triunfo del capitalismo a nivel global. Estas respuestas posibles nos proporcionan un marco general en el que podemos empezar a situarnos para poder aproximarnos a tener una idea de qué es exactamente lo que tratamos de decir cuando hablamos de globalización.

Con estos tres rasgos como los elementos fundamentales, la globalización se percibe como un proceso inevitable, independientemente de que se insista más en sus amenazas o en sus oportunidades. La globalización debilita sensiblemente la capacidad y las posibilidades de acción de los Estados. Se vienen abajo todas las fronteras, económicas, políticas y sociales. La pobreza del planeta llega a nuestras calles, llama a nuestras puertas, en todos los idiomas. La degradación del medio ambiente se ha convertido en un asunto que traspasa las fronteras políticas, que nos concierne y nos afecta a todos. La globalización no es ya sólo un término abstracto de la economía o la sociología sino que es la palabra que contiene todos los cambios que se están produciendo. Cambios que llegan a la vida cotidiana de las personas.

³ CASTELLS, Manuel, *La era de la información*: vol.1: *La sociedad red*; vol. 2: *El poder de la identidad*; vol. 3: *Fin de Milenio*; Alianza Editorial, Madrid, 1997, 1998 y 2001 respectivamente.

El paseante del que hablamos al principio puede empezar a tener una percepción global (e, incluso, detallada) de los problemas del planeta, la información sobre lo que está sucediendo prácticamente en el momento, los datos, las magnitudes de los problemas y las necesidades que existen en cualquier parte del mundo. Desde el sillón de su cuarto de estar puede acceder a diversos canales de televisión, puede obtener información de primera mano a través de internet. Quizás no sea capaz, todavía, de valorar y filtrar toda la información que le llega; pero, por primera vez en la historia, esa posibilidad existe. El paseante de esa gran urbe que ha dado su dinero a un mendigo en la calle, posiblemente a un inmigrante, recibe ahora diversos mensajes de distintas organizaciones que le piden su ayuda para que se pueda llevar a cabo un proyecto en una región de África, de América o de Asia. Tanta información sobre los problemas y las desgracias humanas que se producen en cualquier parte del planeta no le van a convertir en un ser más generoso y altruista de lo que realmente es. Es cierto, sigue teniendo una atención distante y, en cierto modo, confortadora (porque no es él quien las sufre) ante las desgracias que observa en el televisor, y que aún le quedan muy lejos de su entorno, de su mundo, de las personas y los asuntos que verdaderamente le preocupan porque siente que son parte de su vida. Pero poco a poco los problemas de lo que sucede fuera del mundo que él conoce irán entrando en su mente, se irá familiarizando con ellos, se irá comprometiendo, en la medida de su capacidad y de sus posibilidades, con organizaciones que se ocupan de solucionar problemas en otros países, en otros continentes, con personas que él sólo conoce por fotografías o vídeos.

Las transformaciones tecnológicas van por delante de los cambios en las mentalidades de las gentes, pero el descubrimiento de las posibilidades reales (tanto como de los peligros reales, no los imaginados y magnificados ante lo desconocido, ante lo que nos desborda) que las nuevas tecnologías nos ofrecen terminan llegando a los hábitos, a los comportamientos, y a los proyectos de las personas. Así que, por diversas vías de comunicación y de información, que tal vez muchas personas no conozcan y no sepan utilizar todavía, ese paseante imaginario, que ahora está sentado en su cuarto, sabe o intuye que su intención de ayudar a otras personas de cualquier parte del planeta no es un sueño inconcebible, no es una utopía. El paseante ha viajado, seguramente más que la mayoría de las personas de su país de siglos anteriores, es más que posible que haya estado en otros

países, incluso en otros continentes, y eso le da una visión más amplia del mundo en el que vive. Pero es que, también, sin moverse de su casa, las posibilidades de conocer lo que sucede en otras partes del mundo son enormes si dispone de los medios adecuados. Por aquí, por esta enorme vía que se está abriendo con el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, las ideas de globalización y filantropía confluyen, pueden entenderse como dos ideas no sólo compatibles sino, sobre todo, necesarias la una para la otra.

El paseante puede pensar y “sentir”, con fundamentos y con datos reales, que sus impulsos filantrópicos pueden materializarse “realmente” en un propósito universal. Puede vislumbrar, tal vez, entre el laberinto de organizaciones internacionales de cooperación, entre la maraña de datos, entre la diversidad y la gravedad de las catástrofes y necesidades humanas, una posibilidad real de contribuir a dar carta de naturaleza a los más genuinos objetivos de la filantropía: es lo que podríamos describir como la “globalización” de la solidaridad entre individuos y sociedades de cualquier cultura y de cualquier región del planeta Tierra.

El impulso caritativo o solidario, con todas las matizaciones que se quiera sobre las motivaciones de cada caso, ya se produzca como consecuencia de una reacción inmediata o como el resultado de una reflexión, se encuentra ahora inmerso en un escenario en el que lo global y lo local se superponen, conviven como realidades cercanas, que, en ocasiones, como anticipaba antes, se pueden llegar a confundir. Vemos las guerras, conocemos los desastres ecológicos, sentimos las catástrofes humanas que suceden en cualquier parte del planeta, y, al mismo tiempo, nos chocamos cada día con la dura realidad de la gente que pide ayuda en las calles de nuestras ciudades. Todo ello nos puede abrumar o dejar indiferentes, pero, sea como fuere, va entrando en nuestras vidas, y modifica, imperceptiblemente, tal vez, nuestra visión de los problemas del mundo y de nuestra responsabilidad ante ellos. Una visión global, cada vez más generalizada, que, insisto en esta idea, abre un espacio ingente para la labor de las organizaciones filantrópicas. Porque la globalización, al mismo tiempo que crea nuevos problemas sociales y multiplica la dimensión de los ya existentes, también favorece el desarrollo de una visión global sobre el origen y las consecuencias de los problemas sociales de cualquier parte del planeta.

La globalización de la economía, que va dos pasos, o más, por delante de todo lo demás, deja tras de sí zonas inquietantes de sombra, y, de alguna manera, a mi modo de ver, la filantropía, las grandes instituciones filantrópicas y la actitud del ciudadano medio de los países avanzados de Occidente (en forma de aportaciones económicas regulares o de trabajo voluntario), debería empezar a concebirse globalmente, no ya sólo por razones morales o religiosas, que son absolutamente necesarias –aunque en muchos casos sean muy débiles–, sino por estrictas razones de supervivencia. Los atentados del 11 de septiembre en EE.UU. han sido, en este sentido, un trágico aviso que enseña el poder de la cólera y el resentimiento que se acumula en las grietas y en los bordes que deja de lado la globalización económica, una dramática y espectacular expresión de lo que cabe definir como globalización del terror.

El concepto de filantropía, desvirtuado y empequeñecido en un mundo fragmentado, conjunto de “mundos” desconectados y alejados unos de otros, cobra en nuestro tiempo un nuevo vigor. Aparece ahora su sentido más genuino, más auténtico, con los procesos de globalización, y se carga de razón como una posible respuesta global al rostro más oscuro del mundo globalizado en el que nos vamos adentrando. Hasta ahora, la filantropía, el amor por el género humano, no se podía concebir razonablemente como una idea realizable en toda su plenitud. El mundo empezaba y acababa en nuestro mundo, en lo que conocíamos, hacia lo que sentíamos afecto, lo que nos conmovía, lo que sentíamos cercano, nuestro. Nuestros sentimientos de compasión o de solidaridad se limitaban al universo que conocíamos y que, a su vez, nos contenía. La filantropía era más una utopía, el deseo de unos pocos, que una posibilidad real, que un resorte que pudiese saltar en la mente humana alimentado de la preocupación por enfrentarse con los problemas reales del planeta Tierra, por debajo o por encima, como se quiera, de las diferencias culturales, religiosas, económicas, sociales, etc.

Los procesos de globalización descubren y favorecen, como ya se ha apuntado, un enorme horizonte de posibilidades para que el impulso filantrópico pueda ir alcanzando su genuino sentido universal. Sabemos ahora, casi al minuto, dónde están los problemas; ahí está, sin ir más lejos, la Cumbre de Johannesburgo 2002 (precedida por la Cumbre de Río), a la que han asistido representantes de gobiernos y organizaciones de la sociedad

civil de todo el planeta; y sabemos también, tal como dijo Thabo Mbeki, el presidente de Suráfrica, en la manifestación en el Estadio Alexandra, que hay soluciones para todos esos problemas: “que existen los medios y la tecnología para acabar con la pobreza, para eliminar las chabolas, para proporcionar agua potable, buena salud y educación a todos”.

Nunca, como señalaba Fernando Vallespín, hasta estos momentos, “había tenido la humanidad esa inmensa capacidad de visualizarse a sí misma como una unidad y de contemplar al planeta tierra como algo propio y común”⁴. En nuestros días, se empieza a reconocer la naturaleza global de los problemas del mundo, y se empieza a advertir que existe la capacidad real para afrontarlos, que no es una quimera proponer y defender vías de solución que impliquen y comprometan a gobiernos y a sociedades. Es verdad que no es fácil, pero no es imposible. Y esa visualización global de los problemas del mundo a la que se refiere Vallespín comienza a condicionar y a influir en las iniciativas y en las decisiones de los gobiernos y de las instituciones sociales.

Existe ya una incipiente red de instituciones de una sociedad civil a escala global que se relacionan y colaboran entre sí, que tratan de superar los condicionantes de las fronteras nacionales, y tratan de mostrar a los ciudadanos del mundo desarrollado la naturaleza y las magnitudes de los problemas y las necesidades existentes en las regiones más pobres del planeta. Están surgiendo numerosas organizaciones sociales y políticas transnacionales (Giddens y Hutton hablan de más de 10.000) que cada vez tienen más capacidad organizativa, más miembros, más energía, y, en consecuencia, más influencia, aunque ésta todavía sea muy pequeña en comparación con el poder político (grandes Estados) y el poder económico (las grandes empresas multinacionales).

Es verdad que entre la realidad y el deseo existe, en ocasiones, una distancia muy larga que recorrer, pero lo cierto es que, en las circunstancias actuales, la filantropía puede contribuir a contrarrestar y equilibrar los efectos perversos de la globalización, a darle un rostro más humano a un proceso de cambios que, para algunos, trae consigo más amenazas que oportunidades. Y para que ese equilibrio se produzca, para que ambos con-

⁴ VALLESPÍN, Fernando, “Las Torres de Babel: reflexiones en torno al ‘choque de culturas’”, *Claves de Razón Práctica* nº 118, diciembre 2001.

ceptos sigan por vías complementarias y no enfrentadas es necesario dotar a esa nueva sociedad civil global “de las instituciones y del marco intelectual adecuados para que el progresismo, en su mejor sentido, deje de estar asociado al fatalismo sobre la incapacidad de gobernar una economía global”⁵. Es esta una filosofía, según Giddens y Hutton, que podría apoyar la creación de instituciones que ayuden a promover la seguridad mundial, el mantenimiento de la justicia penal internacional, a crear las condiciones para aliviar la pobreza en los países del Tercer Mundo y las desigualdades del “Primero”, e impulsar la renovación y reconstrucción de un sistema de gobierno económico y ambiental en el mundo.

Es evidente que la capacidad de influir de esta emergente sociedad civil global en la toma de las grandes decisiones, en la puesta en marcha de medidas a nivel global, es, como decía antes, todavía muy pequeña, muy limitada. Pero, en la medida que aumente su poder, este conjunto de instituciones con objetivos y formas de actuar diversos, pero con un común denominador que es la perspectiva global con la que se enfrentan a los problemas del mundo, se debería convertir en uno de los elementos fundamentales para la creación y consolidación de una auténtica sociedad civil global que ya no sea solo un sueño de idealistas. Con este horizonte por delante, a la vista de las exigencias y las debilidades de la globalización, con la sombra del dolor y del temor, tal vez el impacto más indeleble de los ataques del 11-S, me parece a mí que la filantropía, las grandes instituciones filantrópicas del mundo, y singularmente las de EE.UU., están llamadas a desempeñar un papel de vanguardia en el nuevo escenario social y político de nuestro tiempo.

⁵ GIDDENS, Anthony, *El País*, 18 de octubre 2001.